

obra. Volvamos á nuestro intento de hacer ver el ensanche y expansion que el Evangelio dió á la razon y á la inteligencia del hombre, y de presentar á los sofistas las armonías de la fe y la razon, del Evangelio y la filosofía. Disimúlesenos el ser pródigos de citas en una cuestion tan importante y debatida.

«Despues, escribe Mr. Augusto Nicolás (1), despues de haber facilitado á la razon comun, y reconducido al estado de «certidumbre y de evidencia para todos los hombres aquellas prevenciones y conjeturas que constituian el tormento «de las mas elevadas inteligencias, el Cristianismo reveló «además por este medio verdades que hubieran estado para «siempre fuera del alcance del espíritu humano. El misterio es el distintivo de lo infinito con respecto á lo finito. Pero este respecto puede ser mas ó menos circunscrito, y contentarnos mas ó menos dentro de los límites de la ignorancia. Pues bien: el Cristianismo vino á ensanchar este respecto, á dilatar estos límites, á darnos aire, espacio y luz, «y á extender el horizonte de nuestra vista. No es él quien «ha inventado el misterio, porque el misterio existia ya y «existirá siempre hasta cierto punto, con la única diferencia «de que antes lo teníamos tan cerca que nos oprimia, y ahora lo vemos en la extremidad del horizonte. El Cristianismo «libró al espíritu humano de los primeros misterios que obscurian su vista natural, le descubrió verdades y relaciones «de que ni siquiera tenia idea... los misterios naturales del «destino humano eran misterios de ignorancia y de error, «mientras que los misterios cristianos son simplemente misterios de fe. Así es que en ellos no solamente habia defecto «de comprension de la naturaleza de Dios, del origen y fin «del hombre, del verdadero mal, del verdadero bien y de «su contradiccion en el mundo, de nuestra miseria, de nuestra grandeza y de los medios de conducirnos relativamente «á Dios y á los demás hombres: habia además, sobre todos «estos puntos tan importantes, ignorancia; habia otra cosa «peor, engaño, error, confusion; mientras que aparte de que «por efecto de los misterios cristianos llegaron estos puntos «á ser reformados, conocidos y comprendidos, los mismos «misterios cristianos no opusieron al espíritu humano otra «dificultad que una dificultad de comprension. Los conoce-

(1) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, tomo 3, pág. 323-327.

«mos perfectamente, los sabemos, son precisos, fijos y formales, la imaginacion no se gasta ni se pierde estudiándolos: el mas pequeño niño los sabe y guarda en la memoria: no flotan confundidos y embrollados en el caos de la «razon, sino que se destacan y giran armoniosamente sobre «nuestras cabezas en el firmamento de la fe... En resúmen, la «fe cristiana abunda para la razon humana en miramientos «y beneficios. En primer lugar, nada la quita de lo que ya «posee como propio, y no la toma en sus brazos sino en el «punto en que por sí misma ya no puede. Llegada aquí no «se la junta arbitrariamente, ni se la impone, se hace recibir racionalmente: se adapta por medio de las pruebas sensibles de la Divinidad á los datos que ya la misma razon posee, de tal manera que hace esta un acto propio al recibir «el fundamento de la fe, que por esta incorporacion se convierte en una adiccion, una consecuencia y una prolongacion de la razon misma. Por este medio se encuentra la razon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella insaciable necesidad de correspondencia con lo infinito que «constituye su nobleza y su tormento; y no solamente satisfecha sino preservada de mil errores, y de multitud de deplorables caidas á que la arrastraria inevitablemente esa «necesaria y terrible facultad religiosa que no puede sofocar «sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin perderse. De este modo ha salvado la fe cristiana al espíritu humano de dos abismos cuya alternativa es inevitable, y «en cuya pendiente ha estado siempre colocado, careciendo «de este divino socorro, el escepticismo ó la supersticion, la «impiedad ó la locura. Por medio de este celestial instrumento volvió la razon á adquirir el conocimiento y la segura posesion de una multitud de verdades primordiales «que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que «estaban como derrumbadas en el abismo de la ignorancia, «y cuyo trastorno habia conmovido y desunido todas las otras «verdades que mas adheridas le estaban. Al devolverle estas «verdades madres en lo que tienen de mas sublime, la fe «las confirmó y vulgarizó de tal suerte, que todos podemos «gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que «serán para siempre la fortuna pública del género humano, «y el patrimonio sustituido de todas las generaciones. Además de estas verdades primitivas devueltas y aseguradas,



«el Cristianismo dotó tambien á la razon de verdades enteramente nuevas, en las que por sí misma jamás hubiera sospechado, y que sin embargo armonizándose con las primeras verdades, como estas lo hacen con los mas puros instintos de la razon, se hacen para esta razonables y fecundas, por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas sean misteriosas. En fin, el carácter misterioso de las verdades sobrenaturales reveladas por el Cristianismo, á diferencia de la oscuridad de ignorancia y de error, que rodeaba á las verdades naturales, no afecta sino á la comprension y no á la nocion, perfectamente libre y precisa hasta el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Además: esta resistencia de comprension no es tampoco absoluta, no choca con la razon, sino que la descansa; la deja material en que ejercitarse sin oponerla nada que la confunda, y despues de haberla hecho conocer y comprender una multitud de cosas oscuras y confusas, la da siempre en definitiva la conviccion fija de lo mismo que no comprende.

«La operacion de la fe es absolutamente semejante á la de un instrumento óptico que se adapta á la vista natural, y es como una prolongacion suya, que acerca, corrige y presenta con claridad los objetos irregularmente confundidos, que hace descubrir otros nuevos y extiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor que la que el ojo podia naturalmente recorrer. La fe ha sido como el *telescopio* de la inteligencia; agrandó su horizonte, y le hizo descubrir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

«Abierto de este modo el mundo espiritual á la inteligencia, se dilató esta; y encontró en él una expansion que le hizo dominar los sentidos y la naturaleza en que la tenian encarcelada las supersticiones sensuales de la antigüedad. «La fe cristiana la alivió, enseñándola, por el medio de la autoridad, verdades cuya investigacion agotaba antes todas sus fuerzas, y cuya contemplacion ahora las renueva. La libró del desaliento y del escepticismo, dándole una base fija de donde pudo partir con seguridad y á la cual pudo volver á descansar. Al mismo tiempo creó á su alrededor, por la difusion y comunidad de las mismas luces, un contrapeso de sentido comun que lo ha preservado de sus extravíos individuales, y una poderosa palanca que ha multiplicado sus fuerzas, poniendo las de todos á disposicion de

«cada uno en particular. En fin, por la íntima comunion que estableció entre el alma y su autor, entre la verdad y la virtud, introdujo en ella un principio de vida que es para el espíritu lo que este para el cuerpo, que concentra, disciplina é inspira sus movimientos, impide que sus riquezas se degeneren y corrompan, y es, segun la feliz expresion de Bacon, como el aroma de sus conocimientos. *Fides aroma scientiarum.*

«Pertrechado con este socorro el espíritu humano que habia permanecido por espacio de cuatro mil años como sumido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no se habia conocido jamás: fué marchando de progreso en progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de la verdad de una religion bajo cuya influencia descubriera todas las verdades.» Hemos insistido de propósito en las palabras de este autor para proporcionar á los lectores un tratado completo, cási puede decirse, sobre la materia, acerca de la cual discurre con mucho acierto, imaginacion y talento.

«Los progresos del genio filosófico, dice Chateaubriand (1), son evidentemente el fruto de nuestra Religion. Á no haberse dado por el pié á los falsos dioses y establecido el verdadero culto, el hombre hubiera envejecido en una perpetua infancia, porque permaneciendo siempre en el error en cuanto al primer principio, todas las demás naciones se sentirian mas ó menos de aquel vicio fundamental.» Con efecto, el hombre siempre habria permanecido en mantillas, torpe é inmóvil si el Cristianismo no le hubiera traído los andadores; y por eso dijo con mucha verdad Clemente Alejandrino, «que los filósofos son niños, á no ser que Jesucristo los haga hombres (2).»

El espíritu humano sacudió las ligaduras que le amarraban al suelo, y se elevó indignado de una prision tan larga y denigrante; y si no hubiera sido por esta elevacion del espíritu, y si no hubiera sido por aquella preciosa conciencia pública formada por el Cristianismo, robusta ya y vigorosa en los siglos de irrupcion de los bárbaros, habria sido completo el naufragio de las ciencias y de la sociedad.

(1) *Genio del Cristianismo*, parte 3, lib. IV, cap. 2.

(2) «Parvuli sunt philosophi, nisi à Christo viri fiant.» (*Stromat.* l. I, cap. 11).



Y ¿quiénes fueron los pilotos que evitaron este naufragio, ya que se nos ocurre la pregunta? Precisamente los sacerdotes; los conductores de ese, no sabemos qué ignorante fanatismo que nos tuvo, según nos han dicho los sofistas, como aherrojados en las tinieblas durante diez u once siglos. «Aquellos mismos, hace advertir á propósito el citado Chateaubriand (1), aquellos mismos que la malignidad ha querido denominar sacerdotes supersticiosos, son los que se dedicaron á sacarnos de un estado de ignorancia, y quienes por espacio de diez siglos se sepultaron en el polvo de las bibliotecas para sacarnos de la barbarie.» Ó como con mas elocuencia dice Balmes (2): «Ese clero que en los siglos medios, cuando nadie sabia escribir ni leer sino los eclesiásticos, cuando la única luz que existia estaba en sus manos, cuando si hubiese querido dejar á oscuras el mundo bastábale apagar la antorcha con que lo alumbraba.» «Con toda verdad, pues, concluye Chateaubriand (3), puede llamarse á Jesucristo en *sentido natural* el Salvador del mundo como lo es en el sentido espiritual.» Y no se crea que este escritor célebre hablaba así por espíritu de oposición á la filosofía reinante en su patria, sino por convicción, porque en la época misma en que él era uno de tantos sofistas llamó á la cruz *el estandarte de la civilización* (4).

«Donde quiera que se ha clavado una cruz, escribe Mr. Augusto Nicolás (5), allí han germinado las virtudes y florecido la civilización, aun en el fondo de los desiertos: de donde quiera que se ha arrancado, allí han reaparecido la barbarie, la ignorancia y la ferocidad, hasta en el seno de las ciudades. Á su sombra han nacido, se conservan y se extienden todas las grandes instituciones de libertad y de caridad, y aun hoy día en que la moral evangélica ha abierto ya todas sus flores y dado todos sus frutos, no por eso permanece menos indisoluble su alianza con el dogma de la cruz. Á nadie es dado el poder de suplantarla á otra doctrina, ni de arrancarla del dogma que la alimentó. Y no es que hayan faltado ensayos en nuestros días: sansimonia-

(1) *Genio del Cristianismo*.

(2) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización de Europa*, cap. 60.

(3) *Genio del Cristianismo*, lib. VI, cap. 13.

(4) *Ensayo sobre las revoluciones*, prefacio.

(5) *Estudios Mosáicos*, tomo 2, pág. 167.

«nos, comunistas, humanitarios, fourieristas, panteistas, «todos han tratado de adaptar la moral evangélica á dogmas «nuevos, de *engrandecer al Cristo*, como ellos dicen, y rehacer su túnica. Y ¿qué ha resultado de esto? Y ¿qué resulta «todavía? Delirios que por fortuna no han tenido tiempo de «convertirse en crímenes, y que han espirado en medio de la «irrisión y de la rechifla general.»

«La religion y la fe, escribe tambien Debreyne (1), son las «que inspiran los grandes pensamientos del genio; la religion es la que dirige el vuelo que imprime al entendimiento, y la que asegura su marcha vacilante; la religion finalmente es la que con la luz de Dios ha creado las ciencias «humanas con todas sus academias.»

Pero oigamos á los corifeos mismos del deísmo y de la incredulidad rendir homenaje en este sentido á la causa del Cristianismo.

«No sé, confiesa Rousseau (2), por qué se quiere atribuir «á la filosofía la bella moral de nuestros libros, esta moral «era cristiana antes de ser filosófica.» Porque, como dice muy bien Nonnotte refutando á los sofistas, «si alguna vez «se escapan de sus labios expresiones dignas de Dios, es porque las aprendieron en el Cristianismo, y las han bebido «en los labios de nuestra Religion (3).»

«Todo se lo debemos, continúa aquel deísta (4), letras, «ciencias, agricultura, bellas artes: une la moral á la religion, y el hombre á Dios. Jesucristo, salvador del hombre «moral, lo es tambien del hombre físico: vino al mundo como un grande y feliz acontecimiento, para contrarrestar la «inundación de los bárbaros y la corrupción de las costumbres. Aun cuando se disputasen al Cristianismo todas sus «pruebas sobrenaturales, la sublimidad de su moral, la inmortalidad de sus beneficios, las bellezas de sus pompas, «serian suficientes para probar que es el culto mas divino y «mas puro que jamás ha habido entre los hombres.»

«Al ver, dice Voltaire (dirigiéndose á los sofistas, que es lo «mas singular), al ver á la razón hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicación

(1) *Teoría bíblica de la cosmogonía*, pág. 11.

(2) *Carta III de la montaña*.

(3) *Diccionario Mosáico*, artículo *Misterios*.

(4) *Ibid.*



«del Evangelio, debeis considerar á la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla (1).» ¿Qué testimonios mas luminosos y decisivos que el de estos deistas?

Maupertuis hacia la apología de la fe de los nazarenos sobre la de los filósofos, y decia: «Que un verdadero nazareno (cristiano) es un filósofo perfecto (2).»

Bayle confiesa la nulidad de impotencia de la razon, y la necesidad de la revelacion. «La razon, dice, es un principio de destruccion y no de edificacion, no vale sino para formar dudas y volverse hácia todas partes para eternizar una disputa, hacer conocer al hombre sus tinieblas, su impotencia, y la necesidad de una revelacion: esta es la de la Escritura (3).»

«Es necesario considerar, dice en otra parte (4), que lo que á nosotros nos es tan fácil y manifiesto, porque Dios nos ha hecho la gracia de comunicarnos su revelacion, no lo era para aquellos que no tenian mas guía que la naturaleza. «El entendimiento humano, abandonado á sí mismo, se extravía fácilmente, y pierde el derrotero en un mar tan vasto y borrascoso... Nos asemejamos á aquellos hombres, que habiéndose servido de un buen telescopio para ver los satélites de Júpiter, creerian que los demás los habian visto fácilmente por la simple vista si hubieran querido.»

«¡Oh Dios, exclama Montaigne (5), despues de referir los errores de los filósofos y de los pueblos gentiles, ¡oh Dios, y qué obligacion no tenemos á la benignidad de nuestro soberano Hacedor por haber librado á nuestras creencias de esas opiniones vagas y arbitrarias, y haberlas colocado sobre la base inmóvil de su divina palabra!»

La filosofia gentílica reconoció la necesidad de la revelacion, la necesidad de un iluminador. Platon, á vista de la incapacidad de la razon y de tanta incertidumbre y confusion de doctrinas como habia, creyó que debia tomarse el partido (hace decir á Sócrates), de esperar á uno que viniese

- (1) Citado en la *Razon del Cristianismo*, palabra *Aveva*.
- (2) Citado por el P. Feller, en su *Catecismo Mosáico*, tomo 2, pág. 251.
- (3) *Diccionario crítico*, artículo *Manichæus*, citado *ibid.* pág. 164.
- (4) *Cont. depensam. div.* tom. 3, cit. *ibid.*
- (5) *Essai*, lib. II, cap. 5, cit. *ibid.*

á instruir á los hombres acerca del modo como debian comportarse entre sí y con Dios, y que este seria el verdadero amigo de la felicidad humana y el restaurador del hombre (1). No parece sino que en estos pasajes habla por su boca uno de los antiguos Profetas.

En otra parte (2), dice que se debe recurrir á Dios, ó esperar del cielo un guía, un maestro que instruya al hombre en esta materia (¿qué ofrenda agrada á Dios?). En el Phedon, despues que Sócrates dice lo que piensa sobre la inmortalidad del alma y sobre la vida futura, responde uno de sus interlocutores ó discípulos: «El conocimiento claro de estas verdades en esta vida es imposible, ó al menos infinitamente difícil... El sábio, pues, debe sujetarse en esta materia á lo que parece mas probable, á no ser que tenga luces mas seguras, ó la palabra del mismo Dios que le sirva de guía.» Y por último, en el Epinomis aconseja á un legislador que jamás toque á la religion, temiendo sustituirla por otra menos cierta, porque es sabido que no es posible á una naturaleza mortal tener nada cierto sobre esta materia.

Celso, enemigo acérrimo del Cristianismo, se adhiere á Platon refiriéndose á sus textos. Jámblico, que seguia la opinion de Pitágoras, confiesa la impotencia de la filosofia sobre este punto. «Es evidente, dice, que el hombre debe hacer lo que es agradable á Dios, pero no es fácil conocerlo, como Dios mismo no se lo enseñe, ó los genios, ó lo sepa por una luz divina (3).» En otra parte (4) dirige á Dios esta súplica: «Disipad esta nube que oscurece los ojos de nuestro entendimiento, para que, como dice Homero, podamos conocer á Dios y al hombre.»

Melesio de Samos, discípulo de Parménides, decia que no debemos asegurar ninguna cosa perteneciente á los dioses, porque no los conocemos (5).

Simplicio, citando á Epictetes, dice que el hombre instruido, ó por el mismo Dios ó por su propia experiencia, pro-

- (1) Alcibiades.
- (2) *Lib. IV de las leyes*.
- (3) *Vida de Pitágoras*.
- (4) *Teologia pagana* por Mr. de Burigni, citado por Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1.
- (5) *Diógenes Laercio*, tomo 9, § 24.



cura granjearse el favor de Dios por diferentes modos y sacrificios (1).

Proclo escribe que un hombre sábio debe orar á los dioses antes de meditar sobre la naturaleza divina, porque jamás conocemos lo que conviene á la Divinidad, como no nos ilumine la luz celestial (2).

Los emperadores Marco Antonio y Juliano alcanzaron y confesaron la necesidad de la revelacion. El primero refiere que supo por ella cuál es la vida mas conforme á la naturaleza (3); y el segundo la creia necesaria para conocer la naturaleza de Dios (4). Así como Platon (5), Aristóteles (6) y Plutarco (7) consideraban á los dogmas de un Dios criador, de su providencia, y de la inmortalidad del alma, no como conocimientos adquiridos por el raciocinio, sino como antiguas tradiciones, Juliano los considera revelados por los mismos dioses, quienes «únicamente, dice, pueden conocer estas verdades (8).»

Y por último Hesíodo y el citado Plutarco: este al principiar su *Tratado de Isis y Osiris*, y el primero la *Teogonia*, ruegan á los dioses les iluminen y les inspiren, «que es, dice «Plutarco, el mayor don que Dios puede hacer al hombre;» y por este motivo los paganos encargaron á una deidad las operaciones de su entendimiento.

Á vista de tantos y tan luminosos testimonios, Voltaire mismo no pudo menos de confesar «que todas las naciones «tuvieron siempre necesidad de un sábio,» notando además «que los pueblos de la India y de la China le esperaban de «Occidente, y los de Europa y América del Oriente, por cuya «razon se apellida con oportunidad al territorio judío *el polo «de la esperanza de todas las naciones.*»

Considerar, pues, al Evangelio, que fue el iluminador tan esperado de todo el mundo, enemigo del talento y de los progresos del ingenio, es un absurdo tan grande como el de reputar frio al calor, y oscura la luz; á no ser que se

(1) *Manual de epist.*

(2) *In Platonem Theol.*

(3) *Reflex. moral.*

(4) *Carta á Temistio.*

(5) *De legibus.*

(6) *De mundo.*

(7) *De Isid. et Osir.*

(8) *Carta á Teodoro pontif.*

quiera hablar del talento que discurre segun el prisma de las pasiones, no segun el dictámen de la razon; á no ser que se hable del talento que se emplea en inventar doctrinas degradantes y perniciosas para la sociedad y para el individuo, y no doctrinas estimadoras y celosas del bienestar general y de la dignidad humana; pues en este caso nos confesaríamos vencidos por los sofistas, aprendiendo á la vez lo que antes ignorábamos, á saber, que los verdaderos progresos del talento son aquellos que constituyen la miseria y la degradacion, y que echan por tierra nuestra dignidad.

Al deprimir, pues, la escuela ecléctica reciente la revelacion y hacer la apoteosis de la razon, contradice abiertamente á todas las escuelas filosóficas y teológicas antiguas y modernas, acordes en esta parte con la experiencia; para lo que se necesita una buena dosis de atrevimiento y de orgullo, y esto recomienda muy poco, ciertamente, á cualquiera sistema.

Por último, en vano es huir de la fe; y los mismos incrédulos, si atentamente observan, se convencerán de que toda su vida es una vida de fe, que á todas sus acciones preside la fe. Si no creen á Dios, han de creer á los hombres, al tiempo, etc. Este argumento no es nuevo. San Teófilo, obispo de Antioquía, decia á Autólico: ¿No crees en la resurreccion? ¿ignoras acaso que la fe acompaña á todo (1)? Tambien hicieron uso de él Orígenes (2), Clemente Alejandro (3), san Cirilo (4), Teodoreto (5), Arnobio (6) y otros. Los incrédulos son los mas crédulos (7).

(1) «Mortuos excitari non credis... an ignoras rebus omnibus fidem «præire?» (*Lib. II, num. 8*).

(2) *Lib. I contra Celsum.*

(3) *Stromat. lib. II.*

(4) *Cat. 5.*

(5) *Adversus Græcos.*

(6) *I-II.*

(7) *Pascal.*